



La secreto

smann- que él jamás llegaría
de Oklahoma, sencillamente
si el Gran Teatro Integral de
as.

Di Pasquale me asalta la
cualquier argentino de Buenos
gen más famosa (o la imagen
es la que se da a través del

pies y manos en su costado,
como cualquier argentino de
ges, por ejemplo: brillante,
dad pasmosa para explicar
lo abstracto de la geografía
br se le va la vida), pero
que esa realidad árida, bri-
sventajas, así como en París
vnediza o falsa y en cual-
o cara verdadera, latinoame-
toria, brutal, desmitificado-
que lleva a Borges a idear
nismo que impulsaba a Di
ongas a la guitarra, cantaba
nversa, igual a aquella que
una casona belle époque de
él, entre un soneto de Lope
a de Carlos de la Púa - así
ivo y el de Miguel Ángel o
ado de reinar la concordia;
o puede concebirse.

quien ha escrito más cartas,
puesto que ninguna alcancé
go de dos o tres páginas las
ue todo eso que escribo no es
varme para el encuentro de
Rodríguez Peña. Allí estará,
zo en su oficina, esperándo-
volone y una opaca jarra de
o karma, del ruido y de la
e una vez más, pero de un
qué feliz fue mientras vivió
s días en una pensión de
ecatadas docentes y graves
eaba, luego de las comidas,
agante calle blanqueada de

n materia, al cabo de una
del patán de turno que será
en la oficina pública donde
verdaderos lados flacos; no
lo burocrático es siempre un
por necesidad del sistema).
teros momentos, cuando me
e el poeta habla; son sus
le una explicación que huel-
a empleado como técnico en
e era administrador de puer-
estral de correos, Darío, algo
le algún modo, esa elección

ha sido un acierto; la consecuencia de un afán de no
contaminación. Sabe que el lenguaje, la comunica-
ción oral -si no el silencio- es el medio para tratar lo
Indecible e Inescrutables; y que para las cosas de este
mundo basta la imagen, la figura es suficiente. ¿Pero
por qué este pretexto - esta autocastración, para un
poeta- para eludir la palabra por la imagen, el sonido
por la figura?

Ello es su límite y su rebeldía, como si quisiera
significar que, luego de la ordalía de las palabras su
bandera está en otra parte; quizá en la sonrisa muda,
en dos o tres sonidos elementales, o en el silencio en
la certeza de que nadie puede comunicarse verdade-
ramente sin caer una y otra vez en la desesperación.
Y allí reside su gloria secreta - aquella que por
inexpresada y no compartida es más dulce- y su
venganza.

Hace ya un tiempo nuevamente escribí unas líneas
que le estaban destinadas, hablándole sobre Arama-
yo, el último virtuoso de erquencho en Yala (refirién-
donos siempre al tema de los medios de expresión). Le
digo que el sonar de este instrumento es impresio-
nante, monocorde apocalíptico, como el que produc-
ría seguramente un gigante al sonarse los mocos - con
alguna melodía- apoyando en el tronco de uno de
estos eucaliptos de los fondos de mi casa. Un sonido
grave acompasado, pacífico; algo que es lo contrario
de la estridencia; una música que no es para bailar;
sino para pensar con las entrañas antirromántica e
intransmisible.

Y a pesar de que él ha escrito:

**«¿si de pronto - nacida de un relámpago
o de una flor- comenzara la revelación
de la infancia?»**

pienso que su falla es su falta de fe, de allí su gran
debilidad en muchas cosas; también su extraordina-
ria elocuencia.

Él ha escrito también, al final de su única obra
impresa.

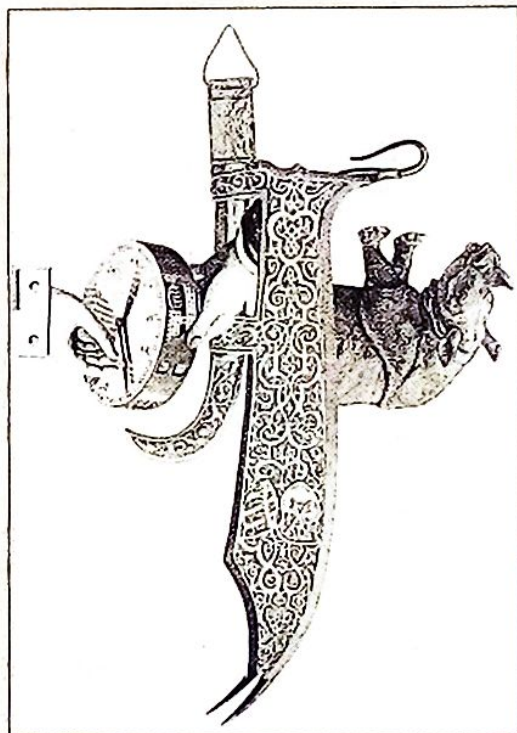
**«Es éste el último rencor de estar alegre,
y ser tan sólo un poco de tierra que se enfria.
¿Pero quién parte
el terrón entre sus dedos?»**

Cuando lo veo angustiado por problemas tontos: la
estabilidad en su empleo, las pequeñas intrigas de
oficina, de las cuales es siempre víctima, naturalmen-
te, y otras irrealidades por el estilo, pienso en qué
necesitado está de un cartero Roulin para conversar
- de un Aramayo tocador de erquencho- para comu-
nicarse verdaderamente en esa selva que ha elegido
mal como su habitat o su destino.

Su último poema - escuchado por mí- fue aquella
alegría para el lustrabotas muerto en el Bar Jockey
Club de Florida y Viamonte, compuesto con premura
en un trozo de papel que ya he perdido o traspapela-
do. Aquél que escuché componer de viva voz y vi
escribir mientras lo pensaba out-sider, pero no por
estar afuera, como Rimbaud, Gauguin o Van Gogh, si
no por estar dentro. Y finalmente, los poemas proca-

ces, sencillos e ingenuos como una queja.

Después su voz en el teléfono, momentos antes
de partir a Londres a donde lo llevaban una vez
más esos vientos de superficie que cada tanto lo
empujan, para preguntarme, angustiado, si me
acordaba del aspecto interior del hotel («Condes,
en Avda. Reforma, México DF) y los motivos del
empapelado de sus paredes (alas de mariposa
quizá, sobre fondo claro) donde se había alojado
Jacques Monard, el asesino de Trotsky, días antes
de adquirir el zapapico con el que partiría en dos
para siempre el cráneo del viejo y el concepto de la
revolución mundial (porque estaba seguro que el
fantasma del asesino se aposentaba en él desde
hacia un tiempo); y cuántas cuadras habría reco-
rrido desde La Lagunilla a Coyoacán, y qué aspec-
to tendría al consumir aquel desenlace diláctico y
horrible... Quizás me llamó desde el aeropuerto,
quizá volaba ya -cuando colgué el auricular dis-
traído del código y los aranceles- rumbo a esas
brumas, tan iguales a las nuestras de Volcán o de
Tumbaya, pero habitadas por los conjuros de
Merlín, de Lady Macbeth, de la Heimskringla.



San Fernando de Apure